



P. CÁNDIDO VIÑAS VUELTA.J.

Villagarcía de Campos 12/11/1934 – Valladolid 05/08/2022

Nació en noviembre de 1934 en el castellano pueblo de Villagarcía de Campos (Valladolid), muy próximo al monte Torozos, donde más de una vez, junto a su hermano, se aventuró a cazar conejos, aunque nunca hemos sabido cuántos.

Con una madre que les cuida y un padre que trabaja de harinero, profundamente devotos de San Ignacio de Loyola y muy cercanos a los jesuitas del pueblo, no es de extrañar que fuera creciendo en él una vocación religiosa identificada con el carisma Ignaciano. Además, muy cerca de su casa se encuentra la Colegiata de San Luis, del S.XVI, junto a la que se edificó un Colegio-Noviciado de la Compañía de Jesús, inaugurado en 1959. Durante la construcción, los hermanos jesuitas responsables de las obras se hospedaron un tiempo en la casa familiar de los Viñas.

En muchas ocasiones Cándido nos hablaba de sus padres y de su hermano con ternura. Recordaba con cariño y emoción cuando su madre le venía a visitar a La Felguera, o de la tristeza que sintió cuando su hermano, debido a una enfermedad degenerativa, no le reconocía. Ese arraigo familiar profundo continua con sus sobrinos, que le visitaban en Tremañes o iban a buscarle a la residencia de Villagarcía y así pasar juntos el domingo. La familia para él era uno de los pilares de su identidad, como persona y religioso.

Realiza los estudios secundarios en la apostólica de Carrión de los Condes (Palencia). Ingresará en la Compañía en setiembre del año 1953 en Orduña, portando una maleta llena de vivencias y el consabido paraguas.

La “viña” principal en la que desarrollará su labor, será el mundo obrero. En 1962 llega a Gijón a la Universidad Laboral como “maestrillo”. El contacto con los jóvenes trabajadores y sus familias le hizo concretar su vocación y orientar su futuro, reviviendo esos sentimientos que tenía en lo más profundo de su alma de entregarse a los pobres y a la pastoral obrera; sentimientos que durante la etapa de teología en Oña, con un grupo de teólogos que habían sido también “maestrillos” en la Universidad Laboral de Gijón, les llevaron a comenzar una profunda reflexión y discernimiento, en los que muy probablemente esté el nacimiento –o uno de los gérmenes- de la Misión Obrera de la Compañía de España.

Son importantes los recuerdos que nos fue transmitiendo de cómo el Cardenal Tarancón pidió a la Compañía que destinara jesuitas y así acompañar a otros curas diocesanos asturianos en el camino de la inserción en el mundo laboral. Para una persona como Cándido esto era toda una oportunidad, así que -en cuanto pudo y previo paso por Roma para realizar estudios de sociología- se incorporará al grupo de

sacerdotes que ya estaba presente en los distintos talleres y fábricas de la cuenca minera.

El Cardenal Tarancón, les ayudó y animó, incluso compartió con ellos misa y mesa en el humilde piso donde vivían. El entonces Arzobispo de Oviedo apostaba claramente por este apostolado de frontera, “*un continente por descubrir*”, que diría el P. Arrupe. Esto para Cándido es de vital importancia. Era una persona que se “sentía” profundamente dentro de la Iglesia y de la Compañía de Jesús, relativizando desde un sentido profundo de pertenencia las contradicciones que en ambas instituciones se pudieran dar.

El impacto que tuvo el hecho de que hubiera curas trabajando manualmente fue impresionante. Pero que, además, algunos fueran mineros¹, como era el caso, entre otros, de Guti S.J., compañero de Cándido, rompía todos los esquemas sociales y religiosos del momento, abriendo una expectativa nueva de fe en las personas, al modo de leer y entender el evangelio, a la iglesia y a los curas. En definitiva, ayuda a formular en el interior de muchas personas la pregunta: ¿quién es Jesús, el de Nazaret?

Decía el P. Arrupe que: “*El jesuita obrero es como la levadura evangélica que no puede hacer fermentar la masa si no se mezcla íntimamente y se disuelve en ella*”.² Con estas palabras, el P. Arrupe estaba describiendo a Cándido y a otros muchos compañeros que en todo el mundo dan testimonio con su vida de la fe en Jesús de Nazaret. Era una persona que tenía fe en Jesús y fe en las personas. A todos acogía sin importarle raza o condición, con una sonrisa y un “*hola, amiguín*”.

Supo mezclarse y disolverse entre sus vecinos y compañeros de trabajo, sin perder el sentido de la misión dada por la Compañía. Como Jesuita, supo “*ser hombre para los demás*”³ y “*hombre con los demás*”⁴. Desde ese saber estar, desarrolla un apostolado de identificación y asimilación, desde un sentido de fidelidad a la Iglesia y a la Compañía, sin que por ello pierda la capacidad crítica. En su interior, a veces, echaba en falta que la Compañía hiciera “*más compañía*”. El P. Arrupe nos dice al respecto: “*La Misión Obrera ha quedado a veces un poco distanciada y desatendida*”⁵.

Las acertadas palabras del P. Arrupe adquieren un significado especial toda vez que la entrada en el mundo laboral de un religioso-sacerdote no era nada fácil en aquellos años de dictadura. Cándido tuvo que sortear los diversos controles, tanto policiales como empresariales, para poder ser admitido en alguno de sus empleos.

Una vez jubilado por accidente laboral, en 1972, el rector de la Universidad Laboral, le pide que les eche una mano, como buen conocedor que era de la obra educativa. Desde allí, el año 1973, comienza a colaborar en Tremañes, en donde estaba de párroco José María Bardales, sacerdote diocesano que había sido compañero suyo en la apostólica de Carrión. Era Tremañes un barrio paradigmático, donde convivían los polígonos industriales con la población semi-rural y con el más importante foco de chabolismo y miseria de todo Gijón. Se movía en una pequeña moto “*Mobylette*”, que le transportaba de la Universidad Laboral hasta el barrio que durante más de 40 años será su parroquia, dando el relevo a su amigo y compañero de estudios.

¹ En la década de los 1960/70 trabajan en las minas de Asturias 23.000 mineros.

² Encuentro con los representantes de M.O., el 10/02/1980. Documento que se encuentra en el libro *La identidad del jesuita en nuestros tiempos*. SalTerrae. 1981. Pag 19 ss.

³ Arrupe, Pedro: *Al X Congreso de Antiguos alumnos europeos (Valencia 1973)*. Información SJ.5 (1973) pág. 230-238

⁴ Kolvenbach, Peter-Hans: *A los amigos y colaboradores de la Compañía de Jesús*. AR 20 (1991) 602

⁵ OC. Pag 193

Asentado en Tremañes y junto a Jesús Angel⁶, jesuita obrero, su vida transcurre entre la atención parroquial, la convivencia con los vecinos y su participación en la Asociación Evaristo Valle, en la que pasaban las juntas directivas pero él permanecía siempre al servicio de la organización vecinal. Sus escritos de “última hora y último minuto” en el diario El Comercio, en la sección de “Los Barrios”, poniendo de manifiesto las carencias de la zona, las promesas incumplidas por parte de las administraciones públicas, o lo poco que se cuidaba la limpieza del río Pilón ya forman parte de la historia de Gijón.

Hizo del compromiso por transformar y mejorar el barrio la razón de su apostolado y de su vida. Lo vivía como una extensión más del templo. En otras palabras, entendía la solidaridad como opción, exigiendo al ente local y autonómico, un respeto a la vida y dignidad de las personas: “*Si otros lo tienen ¿por qué nosotros no?*” solía decir.

Será con las Hijas de la Caridad -las que regentaron durante muchos años la guardería de Tremañes, de integración para las familias que la podían necesitar- con las que compartirá en la misa diaria su fe en que otro mundo, y por ende otro barrio, puede ser posible.

Aunque no era de versada oratoria⁷, las noches eran el tiempo apropiado para los grandes debates en el pequeño grupo que con él vivía, o participando con otros párrocos de Gijón de “los lunes en El Bibio⁸”. Desde temas teológicos, pasando por la Compañía y la Diócesis, hasta las últimas decisiones tomadas por la junta directiva de la AAVV., todo tenía cabida. Los resultados del Sporting y del Valladolid también tenían su tiempo de reflexión. Y es que Cándido, siendo castellano, también se sentía de la Cuenca Minera y de Tremañes-Gijón. Solía decir esbozando una sonrisa socarrona: “*Nosotros los que semos de la mar*”.

Los que hemos tenido el privilegio de conocerle sabemos que fue la persona que hizo de su vida la mejor oratoria que se puede hacer. Supo como nadie llevar a la práctica la inculturación promovida por el Vaticano II. Tenía muy claro que no basta identificarse con la población obrera en condiciones de trabajo y vida, y hay que llegar a aprender y asimilar los valores de su cultura. Eso era para él la inserción, algo que le costaba muy poco conseguir y donde se sentía realizado y feliz como persona y como Jesuita.

Despistado sí que era, pero resultaba muy difícil enfadarse con él porque te contaba las cosas de una manera que terminabas riendo también. Era como un modo de estar y actuar que sumaba amigos. Su capacidad y sensibilidad para comprender la debilidad de las personas y que no era partidario del regodeo en la propia desgracia, marcaban su manera de ser. Era frecuente oírle la expresión “*¡Mecachis!, se me olvidó en el autobús*”. Normalmente se refería al paraguas, aunque a veces también se dejaba los filetes de carne que había comprado en las carnicerías de Gijón para nuestra comida. Cuando esto ocurría, el plato del día en algún bar del barrio era nuestra salvación. Aunque siempre volvía a la oficina de reclamaciones del transporte urbano, casi nunca recuperaba nada. Eso sí, disfrutaba del viaje conversando con los vecinos que ahí se encontraban o con el conductor de turno.

⁶ Jesús Angel fue la persona que de modo permanente acompañó a Cándido en sus años en Tremañes, pero también vivieron en comunidad con ellos en distintos momentos y años otros Jesuitas como: Quico Fidalgo, Floro y Busto.

⁷ Sabemos que en la Apostólica de Carrión le apodaron “**Crisóstomo**” por su elocuencia, en referencia al gran orador que fue San Juan Crisóstomo,

⁸ La Casa de **Ejercicios de El Bibio**, sita en Gijón acogió durante varios años a un nutrido grupo de sacerdotes diocesanos y religiosos que regentaban diversas parroquias del arciprestazgo de Gijón. Los jesuitas de Tremañes solían ir a este encuentro.

Su humanidad y cercanía hacían de él un ser entrañable. En el barrio un referente, para un consejo, preparar una protesta, o simplemente echar la partida al tute, sin olvidarse claro está, de los bautizos, bodas, funerales, pues Cándido era el cura, el amigo, el vecino, el compañero. En el Ayuntamiento y a pesar de darles la vara presencial o a través de sus escritos y denuncias en la prensa, también hizo entre los concejales buenos amigos. Realmente, como ya queda dicho, era difícil llevarse mal con Cándido.

Le costó mucho dejar el barrio, “su” tierra asturiana, las personas que tanto quiso, pero llegó a entender que no había otra salida. Humilde y resignado aceptó su situación y retorno a la tierra que le vio nacer. Sin estridencias, evitando los homenajes y despedidas. Menos mal que, por una vez, el Ayuntamiento de Gijón se adelantó, y unos años antes de su marcha le puso su nombre a un parque dentro del corazón industrial del barrio.

Si la Misión Obrera significa compartir la condición humana, laboral y social con la gente trabajadora, a su lado, trabajando como ellos en la fábrica o en el taller, y al mismo tiempo ir impulsando cambios en la sociedad y en la Iglesia, no cabe duda que Cándido lo ha conseguido con creces, pues ha ayudado a que las personas, creyentes o no, vean el evangelio de otra manera. Fue un hombre bueno que nos hizo mejores a los demás.

Luis Manuel Flórez García
Jesús Ángel Fernández Fernández, S.J.



**DE LA SENCILLEZ DE SU TUMBA
A LA GRANDEZA DE SU VIDA**